

Manuel BELDA, Javier SESÉ, *La «cuestión mística». Estudio histórico-teológico de una controversia*, EUNSA, Pamplona 1998, 368 pp., 24 x 15,5, ISBN 84-313-1614-4.

En el reciente *Catecismo de la Iglesia Católica* hay un párrafo titulado *La santidad cristiana*. Allí se afirma lo siguiente: «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama ‘mística’, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos» (CEC, n. 2014).

Este texto apunta a los contenidos nucleares de una teología espiritual renovada, en la que las perspectivas teológicas se integran con la tradición espiritual. El itinerario de progresiva clarificación de algunos de los conceptos claves ha sido largo. El presente libro se propone justamente el estudio de una de sus fases, la «cuestión mística», denominación con la que se designa el debate teológico que abarca casi la mitad de este siglo, y que tuvo por objeto dilucidar la naturaleza de la mística cristiana y la contemplación. El debate aquí descrito —señalan los autores— y en los términos en que se desarrolló, debe darse por concluido. Pero interesa, y mucho, conocerlo desde el punto de vista histórico, porque el núcleo de las cuestiones tratadas «sigue siendo de interés teológico, y nos parece que lo será durante mucho tiempo; pero no necesariamente en los términos, contexto y perspectivas en que se desarrolló la cuestión mística en su momento» (p. 351).

Justamente este interés es el que ha llevado a Belda y Sesé a desarrollar desde hace varios años una línea de investigación sobre esta materia cuya culminación es el presente libro. La materia está distribuida utilizando con flexibilidad un criterio cronológico y sistemático, que permite moverse con soltura entre cuestiones y autores que se entrelazan o solapan con frecuencia.

Tras apuntar brevemente la génesis histórica de la cuestión mística en el capítulo I (p. 21), Belda y Sesé abordan lo específico de su trabajo en el capítulo II (p. 30), en el que estudian por extenso a los dos pioneros del debate, Soudreau y Poulain.

El inicio del debate acerca de la «cuestión mística» se debe, como es sabido, a Auguste Sautreau, que busca restablecer una doctrina de la mística desligada de lo extraordinario, accesible a todas las almas, y la continuidad de la ascética y la mística. Esta era para él, la doctrina tradicional. A ella se opone la que escinde la contemplación en dos especies: una la contemplación adquirida, fruto de la gracia y el esfuerzo personal, que sería la de la generalidad de los cristianos, y otra la contemplación infusa, verdaderamente excepcional. Según Sautreau, este planteamiento obedece a una lectura parcial y fuera de contexto de algunos de los pasajes de los grandes maestros de espiritualidad.

El primer contraste de la polémica lo aporta François Poulain (1836-1919). Su doctrina mantiene la distinción de los dos tipos de contemplación: infusa (pasiva, extraordinaria) y la adquirida, fruto del propio esfuerzo (con ayuda de la gracia). De ahí derivará —según los autores— una noción también doble de santidad: una santidad en sentido amplio, y otra en sentido estricto, más elevada.

El capítulo II (p. 109) presenta la extensión de la polémica al ámbito intelectual francés y belga, y sobre todo, a España, porque es aquí donde surge otra de las figuras destacadas: el padre Juan González Arintero (1860-1928). Los breves trazos biográficos ofrecidos en este capítulo, ilustran sobre la intensidad con que vivió su tarea y ayudan a poner de relieve su pensamiento.

Su postura es nítida: la divina contemplación es asequible a todos. En el itinerario espiritual del alma la ascética y la mística no son independientes ni difieren esencialmente, sino que conforman un único camino espiritual, distinguiéndose sólo en el grado y en el modo de manifestarse. Y la clave teológica de la continuidad y distinción de ambos estados está en el predominio de los dones sobre las virtudes teologales en el estado místico, y, en el de las virtudes sobre los dones en el estado ascético. Arintero niega rotundamente la posibilidad de la contemplación adquirida.

En el cap. IV (p. 145) se presentan las exposiciones sistemáticas de dos figuras de especial relieve: Reginald Garrigou-Lagrange (1877-1964) y el P. de Guibert (1877-1942).

El autor de *Las tres edades de la vida interior* se propone devolver la Teología espiritual a la teología *simpliciter*, volviendo a Santo Tomás y la escuela tomista. El testimonio de los místicos lo busca fundamentalmente en S. Juan de la Cruz. Desde ahí reafirma el principio de la continuidad de la vida mística y la vida interior común

Respecto a la posibilidad de la llamada a la contemplación mística para todos los cristianos, su respuesta es más restrictiva, y se plantea en términos de

llamada remota (en cuyo caso la respuesta sería afirmativa), y llamada próxima (en que la contestación sería negativa).

Joseph de Guibert representa el otro gran planteamiento sistemático. La contemplación infusa se distingue de la adquirida según el modo en que Dios interviene en el alma, ya sea por encima de las leyes del desarrollo psicológico natural, o infundiendo su gracia sin salirse de ellas. Para él, la contemplación infusa es una expresión, la más alta si se quiere, de la vida sobrenatural, pero no es la única.

El capítulo V (p. 215) se dedica a dos teólogos que se preocuparon de profundizar en algunos de los aspectos especulativos de la cuestión. Son Maurice de la Taille (1872-1933), y Ambrose Gardeil (1859-1931).

Acerca del primero exponen los autores su doctrina sobre la contemplación y su posición acerca de la relación entre santidad y contemplación.

El estudio sobre Ambroise Gardeil se centra en la obra que constituye su aportación fundamental, *La estructura del alma y la Experiencia mística*, cuyo objetivo es mostrar que la experiencia mística podría ser la reproducción en el plano sobrenatural, del conocimiento experimental que el alma tiene de sí misma. Para él, la experiencia mística es el despliegue final de la vida cristiana en estado de gracia, y por tanto está al alcance de todos. Se sitúa pues en la misma línea de argumentación que Saudreau, Arinterro y Garrigou.

El capítulo VI (p. 281), estudia las aportaciones de las escuelas carmelitana y monástica, deteniéndose especialmente en Crisógono de Jesús Sacramentado y Gabriel de Santa María Magdalena de Pazzi.

El primero —destacan los autores— puede considerarse como representante de planteamientos radicales acerca de la separación entre ascética y mística. Para Crisógono hay una santidad que se puede alcanzar por la vía ascética y otra por la mística; la primera se caracteriza por el desarrollo al modo humano, de la gracia y las virtudes, y la segunda por el desarrollo de la gracia y virtudes por operaciones al modo sobrehumano. La primera, fuente de la contemplación adquirida, es necesaria para la salvación, mientras que la segunda, origen de la contemplación infusa, no.

La postura de Gabriel de Santa María Magdalena busca ser más conciliadora, siempre dentro de la orientación básica de su escuela. En este sentido, mantiene que en el plano especulativo no existe diferencia sustancial entre contemplación infusa y adquirida, pero en el práctico sí, y es justamente el plano de la experiencia el decisivo en esta materia.

El capítulo VII (p. 319) ofrece el acercamiento al problema de dos autores, pensadores cristianos de talla intelectual, que se interesaron en la polémica a partir del campo de sus intereses filosóficos: Maréchal y Maritain.

Maréchal, según aprecian los autores, se preocupa principalmente de los aspectos más psicológico-experimentales. De ahí su inclinación hacia la postura de Maurice de la Taille y de Ambroise Gardeil.

Jacques Maritain, (y su esposa Raïssa), ofrecen con su trabajo y su misma vida una aportación a las cuestiones que nos ocupan. En cierto sentido, están implicados de modo vital en una de ellas: la universalidad de la llamada a la contemplación, en su caso, como personas casadas que viven una experiencia de Dios y de vida interior intensa.

Como apreciación final, cabe decir que el presente trabajo de Belda y Sesé posibilita al lector conocer de cerca las líneas maestras de uno de los temas que han ocupado la teología espiritual del siglo XX durante bastantes años. La abundancia de autores así como la bibliografía manejada permite que el panorama trazado pueda considerarse sustancialmente completo. Lo esencial de las diversas posturas teológicas se expone con claridad y rigor, procurando poner de manifiesto la aportación positiva, y evitando caer en prolijidades a veces excesivas, de la literatura teológica estudiada. Los autores de esta monografía optan —a mi parecer, con acierto— por no incluir su opinión como una más en el debate.

El balance final, visto desde la panorámica de los años transcurridos, puede considerarse muy positivo a pesar de las limitaciones que tuvo, que a juicio de los autores, fueron: excesivo espíritu de escuela, dureza en las discusiones, poca flexibilidad de posturas y, en suma, una insuficiente apertura a la vida cristiana real.

De ahí que sea de agradecer el servicio que presta la presente investigación, como contribución para el desarrollo de la teología espiritual desde perspectivas más amplias. Esperamos con interés que los mismos autores puedan llevar a cabo su deseo de afrontar un trabajo en esa línea en un futuro próximo.

Juan Francisco POZO

Mariasusai DHAVAMONY, *Teologia delle religioni*, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo 1997, 331 pp., 13,5 x 21, ISBN 88-215-3460-X.

La presente obra sobre teología de las religiones se publica en un momento de dificultades metodológicas para esta disciplina. Se discute hoy con cierta intensidad sobre lo que deba ser exactamente una reflexión teológica sobre las